

RESEÑAS

EDUARDO CAVIERES FIGUEROA, *Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820-1880: (Un ciclo de Historia Económica)*. Valparaíso: Instituto de Historia, Vicerrectoría Académica, Universidad Católica de Valparaíso. Serie Monografías Históricas Nº 2, 1988 (10), 259 (3) páginas, ilustraciones.

Este libro sobre la actividad comercial inglesa en Chile desde la Independencia hasta la víspera de la era del salitre constituye una adición importante a la serie de estudios aparecidos en el último decenio, acerca de la economía chilena durante el siglo pasado y comienzos del presente, y su inserción en el contexto mundial, trabajos que han esclarecido sustancialmente nuestro conocimiento del tema.

En los primeros capítulos el profesor Eduardo Cavieres entrega un panorama general de la presencia británica en América Latina y Chile a través de sus comerciantes, sus navíos y sus inversiones, todos los cuales preceden en el tiempo y superan en importancia a la representación oficial. En el tratamiento del comercio anglo-chileno el autor considera los productos importados y exportados, el transporte marítimo, la primacía de Valparaíso y la posición de los otros puertos principales, los términos de intercambio y la importancia que adquiere en este tráfico la producción agrícola chilena durante los dos últimos decenios del período. Poco se dice sobre aquellas compañías de efímera vida organizadas en Londres hacia 1824 para explotar la riqueza cuprífera chilena, y no se recogen los aportes de Véliz sobre el tema.

El medio siglo marcó una época de transformaciones. Gran Bretaña afianzó su preponderancia en el comercio mundial, mientras que en Chile se daban los primeros pasos por la senda del libre cambismo. Valparaíso se consolidó su posición como el gran centro mercantil y financiero del país y afianzó su hegemonía, integrando a las diferentes regiones "a través de una compleja red de vinculaciones económicas", mientras sus actividades aumentaban en volumen y sofisticación. Cavieres se adentra certeramente en el mundo porteño de entonces, observando su desarrollo urbano, la modernización de la economía nacional, los avatares de los negocios y los cambios que se van produciendo en esta comunidad mercantil multinacional.

El eje central de la economía chilena durante todo este período era la minería del cobre, y el autor dedica los dos capítulos finales a sendos aspectos de la misma. En el primero de ellos analiza la compleja red financiera que une a los mineros del norte de Chile con los comerciantes de la zona, éstos con las firmas exportadoras de Valparaíso -británicas en su mayoría- y, a través de ellas, con las casas matrices u otras sociedades en el extranjero, considerando las múltiples variantes que puede presentar esta cadena. Mediante el sistema de la habilitación, estos comerciantes, grandes o pequeños, proporcionaban el crédito que requería el minero para

mantener las faenas y que cancelaba con la entrega de minerales. A los intereses percibidos por este concepto se agregan las comisiones por servicios de embarque, fletes, seguros, consignaciones y remesas, sobre los cuales el autor no ahonda, pero cuya importancia reconoce. A través de diversos ejemplos, Cavieres pone de manifiesto la debilidad de la posición del minero y la dependencia sucesiva de los comerciantes más pequeños del crédito de los más poderosos.

El recurso al crédito no estaba limitado a los empresarios chilenos: resulta ilustrativo el caso de Sewell y Patrickson, habilitadores y empresarios mineros quienes ampliaron considerablemente sus actividades al hacerse cargo de los haberes de Rodríguez Cea y Compañía cuando ésta quebró en 1833. A su vez, Sewell y Patrickson contrajeron crecientes deudas con la poderosa casa Gibbs, la cual terminó por adquirir la mayor parte de sus activos a fines de la década de 1860 para cobrar sus acreencias. Gibbs y Huth Gruning constituyen, en la expresión del autor, "la cúspide de la pirámide" y representan "la concentración del poder financiero que moviliza a la economía chilena". El caso de Agustín Edwards Ossandón, cuyas actividades se extienden a las más diversas esferas de la economía nacional y que proyecta su quehacer a Inglaterra y otros países, constituye más bien la excepción entre los empresarios mineros nacionales.

El estudio del mercado del cobre chileno en Gran Bretaña, que el autor aborda en el último capítulo, ayuda a entender mejor las vicisitudes que experimentó dicha actividad en el país. La alta ley de los yacimientos chilenos permitió compensar el efecto del mayor costo de los fletes y desplazar a los minerales de Cuba y de otros países a partir de la década de 1850, atendiendo la creciente demanda por este metal para usos industriales.

Las fundiciones de Swansea que procesaban los minerales chilenos en bruto o semirrefinados, reexportaban buena parte de su producción. El establecimiento de un impuesto por parte del gobierno británico a la importación de minerales de cobre en 1842 produjo inquietud entre los afectados, según los testimonios del consiguiente debate sobre el tema que el autor recoge. Consecuencia de este gravamen, fue el desarrollo de las fundiciones chilenas, apoyadas también por capitales ingleses. La derogación de este impuesto seis años más tarde no parece haber afectado el ritmo de producción de los fundidores nacionales.

Los años 1840 —observa el autor— constituyen una época de cambios en el sector minero, en la que se introducen innovaciones técnicas en la extracción y fundición de minerales, entre las cuales se destaca la creciente substitución de la leña por el carbón de piedra como combustible. Sin embargo, los avances logrados no fueron suficientes para frenar la decadencia de la industria a partir de la década del 1870. Las causas de esta decadencia son múltiples, y tanto externas como internas. Sin entrar en un análisis exhaustivo del tema, Cavieres destaca las principales: la baja en la ley de los minerales unida a la insuficiente inversión en infraestructura y equipos de producción y de transporte; el sistema financiero y mercantil; la competencia de otros países, especialmente España, y las fluctuaciones de precios dentro de una tendencia a la baja en el largo plazo. La falta de innovación tecnológica frente al agotamiento de los yacimientos más ricos constituye, en último término, el factor decisivo del ocaso de la minería del cobre a partir de la

década del 1870, y que contrasta con la modernidad que presentaban las fundiciones chilenas a mediados del siglo.

Por otra parte, habría que recalcar la situación intrínsecamente precaria que presenta la minería chilena en el período. Sin inversiones en infraestructura ni suficiente capital de trabajo, el empresario minero estaba expuesto tanto a las vicisitudes en la producción como a los vaivenes en los precios, puesto que los minerales eran vendidos por cuenta del productor y la liquidación se efectuaba después de concluida la operación, corriendo intertanto los intereses sobre el dinero anticipado. Por lo mismo, no es de extrañar los múltiples casos de insolvencia aquí señalados y la frecuencia con que los habilitadores debían hacerse cargo de los activos de los mineros.

Parecería, incluso, que el negocio minero en estas condiciones no resultaba rentable en el tiempo. Siempre estaba la amenaza latente de que algún imprevisto impidiera el pago puntual de la deuda. Además, la cancelación de intereses relativamente altos por períodos prolongados no permitía la acumulación de capitales, a no ser que los yacimientos explotados fueran siempre lo suficientemente ricos como para absorber estos costos y dejar excedentes. A su vez, sin la generación de excedentes apreciables no se podían financiar las innovaciones tecnológicas requeridas para hacer frente al empobrecimiento de los minerales. Por otro lado, si no existían los capitales propios necesarios para financiar el volumen de la exportación potencial, el desarrollo de la minería chilena sólo se hacía posible gracias a los capitales y servicios empresariales británicos.

Estas consideraciones que surgen de la lectura del libro se acercan a la conclusión de Eduardo Cavieres, quien pondera equilibradamente los costos y beneficios que resultaron de la presencia inglesa en Chile. Junto con destacar la gravitación del "capital británico [que] estableció un genuino monopolio desde lo alto del sistema crediticio", reconoce la contribución de los empresarios británicos al desarrollo de la economía chilena sin inhibir la acción de los nacionales en este campo. Sin entrar en el debate sobre el efecto positivo o negativo de la influencia económica británica en América Latina, el autor contribuye al esclarecimiento del tema a través del análisis del caso particular de Chile.

La primera versión del trabajo fue redactada mientras el autor realizaba estudios de postgrado en la Universidad de Essex, Inglaterra, y la traducción al castellano no ha sido siempre feliz. Más aún, el mapa en la página 139 aún conserva los textos en inglés. Quizás ello es producto de cierto apresuramiento en las etapas finales de la edición.

Estos detalles no debe distraer del valor del conjunto. Cavieres ha utilizado con acierto una amplia gama de fuentes inéditas e impresas, tanto británicas como chilenas, logrando un estudio acabado sobre una etapa importante de la vida económica chilena. En el prólogo del libro, Simón Collier declara que la obra "reviste las mejores características de la historiografía reciente", juicio que comparto plenamente. Un trabajo valioso que merece mayor difusión de la que ha tenido hasta ahora.

SERGIO VILLALOBOS R. *Los Pehuenches en la vida fronteriza*, Ediciones Universidad Católica, 1989, 264 páginas.

El estudio étnico se ha convertido hoy por hoy en un tema recurrente y a veces conflictivo, acudiendo a la discusión los especialistas y los mismos involucrados, vale decir, nuestras propias comunidades indígenas. En este estado de cosas y estando cercanos a los 500 años del encuentro entre dos dispares mundos, el europeo y americano, se revitalizan las discusiones y posiciones de los diversos investigadores. Es precisamente en este contexto en que aparece la obra del profesor Sergio Villalobos, en un momento que nos miramos desde el interior y nos hallamos en la búsqueda de nuestros procesos de desarrollo cultural. *Los Pehuenches en la vida fronteriza* tiene precisamente la cualidad de poner de manifiesto la historia de una etnia olvidada.

La posición del autor es la de estudiar al grupo pehuenche dentro de un esquema más amplio que aglutina diversos tipos de relaciones y conflictos dentro del marco choque cultural. Nos referimos al ámbito de la vida fronteriza.

"Desde los primeros años de la conquista, los Pehuenches tomaron contacto con los españoles como derivación del comercio que tenían los araucanos de los llanos, esto es, de la Depresión Intermedia" (p. 26).

Para el autor existe un momento primero que involucra a hispanos y pehuenches. "El desplazamiento de la conquista a la región de Villarrica fue causa de los primeros contactos con los Puelches y su territorio en la cordillera y la otra banda y probablemente con los Pehuenches" (p. 27). Desde este momento las huestes cristianas debieron enfrentar a los indígenas de la cordillera y a los de la pampa patagónica.

Cuando la conquista se extendió al sector de las montañas, involucró ya de manera decisiva a los Pehuenches. "Por entonces, la resistencia de los nativos era general y obedecía a acuerdos entre ellos que, sin ser sólidos, daban trabajo a los conquistadores. Una prueba de ello es que mientras los Puelches y los Araucanos atacaban en el sector Austral, los Pehuenches y los Chiquillanes, instigados por aquellos, amagaban las posiciones de los Castellanos en la comarca donde después se fundó la ciudad de Chillán" (p. 29). Esta situación se mantuvo intermitente hasta promediar el siglo XVII cuando entran en escena los Pehuenches que se situaban al oriente de los Andes, los cuales, aliados a los Pampas, comienzan a asaltar las haciendas situadas casi a las puertas de Buenos Aires. El conflicto étnico ya no se sustentaba por la diferencia de dos mundos irreconciliables, sino que obedecía a una desesperada lucha por los recursos y, por ende, de sobrevivencia.

Como observa el autor: "Durante la época colonial estuvieron al lado de los Araucanos, con quienes se asemejaban, y otras veces en lucha con ellos. Vivían en conflicto con los Huilliches, especialmente los de las pampas, a quienes temían bastante" (p. 59). Esta situación es en extremo importante, ya que dicha expansión constreñirá a los Pehuenches. El resultado de esto será una alianza casi permanente y beneficiosa entre Pehuenches e hispanocriollos. El medio ecológico cobrará importancia proporcionando recursos para el intercambio, las salinas se constituyen

así en gravitante recurso manejado por Pehuenches. "El medio natural fue el mejor elemento defensivo para los Pehuenches, pues era poco apropiado para los otros indígenas, que habían desarrollado formas de vida diferentes. Es posible que por su débil poder bélico, a pesar de su fiera, los Pehuenches quedasen arrinconados junto a la cordillera y algunos de sus valles, mientras otros pueblos señoreaban las grandes tierras llanas a ambos lados de las montañas" (p. 55).

Pasado ese tiempo de convivencia intermitente, la lucha por la emancipación de la sociedad criolla significó una nueva reorganización para la etnia Pehuenche, ésta debió afrontar una nueva situación: "se había trizado, tanto entre Araucanos como Pehuenches, el largo período de tranquilidad que les había acercado a la sociedad hispanocriolla. El atractivo del pillaje, la aventura sangrienta y la animosidad latente, les arrastraban de manera irresistible. Era el resultado del quiebre de la sociedad dominante y del espectáculo de sangre y desenfreno desatado por ella: magia y vértigo de todo lo irracional" (p. 235). En efecto, la participación Pehuenche en estas luchas resultó serles fatal... "la tentación de la aventura y el robo fue, sin quererlo, una trampa en que cayeron para acelerar su desintegración" (p. 236). Esto habría provocado un retroceso a las etapas más violentas de su existencia, donde la mezcla con bandidos y el pillaje fueron la tónica.

Pasados estos duros tiempos, la frontera experimentará un nuevo equilibrio. Importante para explicarlo va a ser la rápida caída demográfica experimentada por las poblaciones autóctonas.

Pero surgía ahora un último enemigo que se encargará de culminar la desintegración. Nos referimos a la "República". Las palabras de Villalobos son gráficas para referirse a este duro momento: "Las agrupaciones Pehuenches carecían de pujanza, vivían entregadas a la embriaguez y deambulaban procurando mantener el comercio, que les resultaba indispensable para sobrevivir". Este desolador paisaje constituye para el autor el "ocaso de un pueblo"; ocaso que según nosotros está lejos de ser tal, porque pese a lo implacable del tiempo histórico, existen elementos permanentes que soportan esta inexorable dinámica: aspectos internos de la cultura, que serán capaces de sobrevivir.

Las variables fundamentales que expone Villalobos se hasan en dos polos: inestabilidad e inseguridad. La primera parece dudosa, ya que la estructura cultural Pehuenche nos ha demostrado con creces precisamente lo contrario, una gran estabilidad y una capacidad asombrosa de adaptación a nuevas circunstancias. Coincidimos en la inestabilidad sólo en lo referente a las transformaciones propias de esta etnia en el quehacer fronterizo, al ser ésta impactada por nuevas modalidades, sean éstas las de la agricultura, ganadería o ideología (evangelización). A partir del libro se percibe claramente la carta fundacional que esgrimen hoy los Pehuenches en relación a sus tierras. Ya que la territorialidad de la banda puede definirse en dos aspectos: primero exclusivamente en base en los recursos y por tanto en términos económicos; a este, sin embargo, se le superpone otro, cuyos límites externos se trazan en términos no sólo de recursos, sino también de alianzas matrimoniales y en el que, por ende, cobra inusitada importancia el aspecto ideológico y religioso. Se trata entonces de una forma de territorialidad que distingue a las bandas, que son percibidas como componentes de una colectividad (la tribu), hablan la misma

lengua, explotan globalmente los recursos de un territorio (araucarias) y mantienen convenios matrimoniales. Sobre este piso cultural impactan la llegada del europeo, y después la posterior conformación de la sociedad chilena. Pero estos elementos se encuentran todavía hoy en la sociedad Pehuenche.

Otro fenómeno de gran trascendencia y que merece mención aparte es una idea que expone Villalobos de manera implícita, en relación a la importancia que significó la introducción del caballo en la zona sur de Chile en general, y la adopción del mismo por parte de los Pehuenches. Sin duda que el caballo fue un vehículo de transculturación, contribuyó notablemente a plasmar en tiempos históricos ciertos rasgos distintivos. Lo interesante radica en que para los Pehuenches significó una gran reestructuración, en la cual le cupo a este animal un puesto fundamental, tanto en los aspectos económicos o sociales. Representó una movilidad nunca vista. Esta nueva situación incrementó los contactos interétnicos y prolongó el comercio a espacios cada vez más alejados. Pronto comenzó a vivirse una reorganización en el comercio en el que el ganado cobra importancia decisiva. Importante transformación de un pueblo cazador recolector que pronto se convertirá en uno pastoril y ganadero.

Hace algún tiempo Luis Faron había llamado la atención sobre la necesidad de un criterio histórico antropológico para evaluar los diferentes procesos de expansión o contracción que provocan los ritmos históricos en las sociedades indígenas del área sur chilena, especialmente en lo tocante a los Mapuches. *Los Pehuenches en la vida fronteriza* se encuadra dentro de esta nueva estrategia de investigación, concluyendo y parafraseando a Leonardo León Solís, en el sentido de que, bajo el nombre Mapuche o Araucano se acumula indiscriminadamente información proveniente de diversas regiones y diferentes períodos históricos, para plasmar una imagen de homogeneidad que sólo existe en el pensamiento de etnólogos, la obra del profesor Villalobos restablece las cosas a su lugar.

Las relaciones fronterizas como muchos, es un tema que está lejos de agotarse; es más, se convierte en un atractivo punto de encuentro de diversas disciplinas relacionadas con la problemática social. Así nace esta obra convirtiéndose en pieza fundamental para abordar ulteriores estudios. Pensamos que estamos en presencia de la primera historia de una etnia, y el esfuerzo de Villalobos disipa en forma concreta el temor de León. Creemos, no obstante, que el debate recién comienza y posteriores monografías irán confirmando o desmintiendo las principales tesis del autor o, sencillamente, completando este vasto panorama étnico, sobre todo en sus aspectos cosmológicos e ideológicos de este particular grupo indígena.

Por otra parte, todavía esperan otros grupos étnicos sepultados por la historia oficial; ahí están Chiquillanes, Huilliches o Pampas para integrarse a este gigantesco puzzle fronterizo.

HANS-JOACHIM KOENIG, *Auf Dem Wege Zur Nation*, Ed. Steiner, Wiesbaden 1988, 332 páginas.

En la hora histórica actual, los pueblos latinoamericanos se encuentran frente a la formidable tarea de tener que avanzar en el proceso de su modernización y de incorporarse como sujetos activos a la civilización científico-técnica que se está imponiendo en el mundo entero. A la vez, ellos se esfuerzan por definir el ser propio de América Latina y de afirmar su propia identidad.

En esta tarea, el historiador puede desempeñar un papel particularmente importante, ya que la ciencia histórica es, quizás, la ciencia que mejor puede comprender el ser de los pueblos.

Hans-Joachim Koenig, en su libro "Camino hacia la nación. El nacionalismo en el proceso de la formación del Estado y de la nación en Nueva Granada 1750-1856", hace un aporte importante a este tema.

El libro se inicia con un capítulo introductorio en que el autor explica los supuestos teóricos y el instrumental metodológico y traza el marco dentro del cual desarrolla el tema.

El autor señala que hasta la fecha no existen definiciones generalmente válidas de los conceptos "nación" y "nacionalismo". El somete las distintas definiciones que se han dado hasta ahora a una revisión crítica y concluye que en historia no se puede aplicar un concepto abstracto que defina la nación según características objetivas. El historiador debe preguntar por el sentido que en una época determinada los actores históricos han dado al concepto de nación y por los criterios y objetivos con que ellos han promovido la unidad nacional.

El nacionalismo, por su parte, tampoco puede ser definido de una manera general y abstracta. Con el fin de comprender el sentido y la eficacia histórica del nacionalismo, el historiador puede valerse del modelo elaborado por el *Committee on Comparative Politics* que determina el nacionalismo según su funcionalidad y que permite al historiador examinar la función que el nacionalismo ha desempeñado en una sociedad para responder a las crisis y los problemas de penetración (problema de una administración efectiva y que se extiende sobre todos los grupos de la sociedad), de integración (integración de los distintos grupos de la población a la vida pública), de participación (la participación política en las tomas de decisión), de identidad (la formación de una conciencia política común y la identificación de los distintos grupos con la comunidad social y con el sistema político), de legitimidad (legitimidad del gobierno y de los gobernantes y su reconocimiento por la población) y de distribución (la distribución de bienes y recursos entre los distintos componentes de la sociedad).

La aplicación de este modelo permite conocer los orígenes y el desarrollo del nacionalismo, la función que éste ha desempeñado en el desarrollo económico, social, político y cultural de la sociedad y su importancia para la formación de la nación y del Estado nacional.

En concordancia con estos supuestos teóricos y metodológicos, el autor analiza el proceso en el curso del cual surgió, se desarrolló y se afirmó el nacionalismo en Nueva Granada. Koenig no se propuso escribir una historia de la nación colombiana.

na, sino una historia de la génesis y formación de una conciencia nacional y de una voluntad política que hicieron que la sociedad neogranadina se constituyera como nación.

En su investigación, el autor no sigue un desarrollo histórico continuo, sino que analiza cuatro momentos o períodos particularmente importantes y significativos.

El primer período está constituido por los últimos decenios de la época colonial, desde 1750 hasta 1810. La política reformista de Carlos III persiguió el fin de convertir al imperio español en un Estado moderno. Procuró centralizar la administración y modernizar la economía. Mas estas medidas provocaron violentas reacciones. Tanto la elite criolla como ciertos sectores populares se opusieron a la creciente intervención del poder público. Los criollos tomaron conciencia de su ser propio y empezaron a ver en el español peninsular un elemento extranjero. La reforma del sistema educacional, la constitución de las Sociedades Patrióticas, el desarrollo de nuevas actividades económicas y la creciente importancia de los intelectuales, abogados y comerciantes movilizaron a los grupos dirigentes de la sociedad criolla. El levantamiento de los Comuneros en los años 1780 y 1781 fue el primer indicio de la movilización de un sector de la población que hasta entonces se había mantenido pasivo. A raíz de los viajes y estudios de criollos y extranjeros se ampliaron los conocimientos del país y de sus recursos potenciales.

El criollo descubrió y empezó a amar a su "patria". Surgió un "patriotismo" que, en un comienzo, tuvo un carácter casi exclusivamente emotivo, pero que pronto empezó a adquirir significado político.

El patriota tomó conciencia del "subdesarrollo" en que se encontraba sumida su patria y empezó a criticar la metrópoli a la cual hizo responsable del atraso en que se encontraba el país. La crítica se acentuó en la medida en que el neogranadino constataba que el gobierno español no estaba en condiciones de resolver ni siquiera los problemas en la misma península.

Como los intereses políticos y económicos de los criollos no fueron satisfechos debidamente, ellos empezaron a negar su reconocimiento y lealtad a la Corona y luego exigieron una reforma del sistema político, produciéndose así una crisis de legitimidad y de participación. La conciencia criolla se transformó en patriotismo agresivo que ya no fue sólo adhesión emotiva al país de nacimiento, sino que expresó la voluntad de alcanzar la emancipación política con el fin de establecer un Estado libre y propio que tuviese todas aquellas características que faltaban al sistema español.

En una segunda etapa, que se extiende desde 1810 hasta 1816, el grupo patriota trató de ampliar la base del movimiento emancipador y de justificar y legitimar la ruptura con España. El patriotismo se convirtió en nacionalismo anticolonial y antiespañol.

El neogranadino se comprendió como "americano" y como tal se sintió solidario con sus hermanos en las demás partes del imperio colonial. Sintió el continente americano no sólo como una realidad geográfica distinta de España, sino como el continente que estaba llamado a superar la despótica dependencia colonial y establecer un régimen de libertad política y de autodeterminación de los pueblos.

Este "americanismo" no significó, sin embargo, la extinción del patriotismo regional. Se mantuvo con toda su fuerza la adhesión, sentimental o consciente, a la "patria" neogranadina.

La dirección política de la nueva República se esforzó por obtener la adhesión de amplios sectores de la población con el fin de afirmar la independencia frente a la reconquista española. Con el objeto de comprobar que el nuevo Estado era digno de ser defendido había que demostrar su calidad, su carácter específico y su misión histórica.

En la argumentación patriótica no se encuentra ninguna referencia a eventuales características étnicas o culturales que hubiesen marcado una identidad específica de la Nueva Granada independiente. Como valores constitutivos del nuevo Estado se realzaron los ideales políticos de libertad e igualdad que marcaban la diferencia radical frente al *status* colonial y que debían contribuir a que los distintos grupos sociales se integraran a la nación.

El nacionalismo libertario dio origen a una serie de metáforas y símbolos que debían representar gráficamente los valores ideales del nuevo Estado y que tenían por objeto movilizar a los habitantes del país y lograr su adhesión y lealtad.

Entre los distintos elementos de la simbología patriótica y nacional adquirió especial significado la mitologización e idealización del indio, quien apareció como símbolo de la libertad que originalmente había existido en América y como símbolo de la tiránica opresión española. Los patriotas se sentían descendientes de los indígenas y se creían llamados a vengarlos y a restablecer en América la libertad perdida. Esta idealización del indio no implicó, sin embargo, ningún intento de restaurar las condiciones vigentes antes de la conquista española o de modificar las estructuras sociales existentes.

Particular significado tuvo también el título de "ciudadano" que reflejaba el cambio radical que se había producido con la sustitución del súbdito dependiente de la Corona española por el ciudadano libre y responsable de la República soberana e independiente. La imagen del ciudadano era el complemento de los valores de la libertad e igualdad que debían caracterizar al nuevo Estado frente al ignominioso despotismo de la monarquía española.

El nacionalismo "libertario" e "igualitario" permitió movilizar las fuerzas sociales para la lucha contra el enemigo externo y, como tal, constituyó una fuerza positiva y progresista. Sin embargo, por el momento no tuvo mayores consecuencias para el desarrollo interno y no dio origen a una transformación y modernización de las estructuras existentes.

Nueva Granada estaba iniciando recién el proceso de la formación de la nación y de un auténtico Estado nacional.

Este proceso se complicó a raíz del hecho de que la emancipación política definitiva se realizó dentro de una unidad política mayor, la República de Gran Colombia, formada por Nueva Granada, Venezuela y Ecuador. El nuevo Estado buscó su legitimidad y su justificación en el ideal americanista bolivariano e invocó los valores de la libertad e igualdad, recurriendo así al mismo ideario que había inspirado a los patriotas en los comienzos del movimiento emancipador.

Los esfuerzos integracionistas perduraron hasta los años 1825 y 1826, manteniéndose durante este tiempo una cierta conciencia "grancolombina". Sin embargo, una vez conquistada definitivamente la independencia y conjurado el peligro de una reconquista española, se puso de manifiesto que los vínculos creados por Bolívar carecían de fuerza y consistencia. La República grancolombina no logró satisfacer los anhelos de modernización y crecimiento económico de las distintas regiones. La libertad de comercio favoreció a Venezuela, pero perjudicó a Quito y Nueva Granada. Los ideales americanistas resultaron utópicos. Renacieron los nacionalismos regionales.

Nueva Granada afirmó su individualidad y definió sus fronteras territoriales. Se constituyó como Estado soberano y autónomo que descansaba sobre un fuerte nacionalismo. Sin embargo, aun no existía una nación neogranadina propiamente tal, ya que el Estado se apoyaba solamente en una pequeña minoría, sin que se hubiese producido una verdadera integración social ni una participación política de las mayorías.

En los años siguientes se acentuó el nacionalismo con el cual se identificaron también los nuevos grupos liberales que tenían un especial interés por la modernización económica y cultural del país. Ellos formularon un "Proyecto Nacional" que se convirtió en agente dinámico de la modernización política, administrativa y económica del país.

El "Proyecto Nacional" logró movilizar a nuevos sectores de la sociedad y los pudo integrar a la nación. Sin embargo, bajo la oligarquía gobernante no se produjo una participación plena en el sistema político.

Bajo los impulsos del nacionalismo, el proceso de la formación de la nación y del Estado nacional hizo grandes progresos. Sin embargo, hasta mediados del siglo XIX este proceso aún no se había completado. Neo Granada proseguía "su camino hacia la nación", quedando aún muchos problemas por resolver.

A partir de cierto momento, el nacionalismo progresista e integrador se convirtió en ideología de las clases dirigentes por medio de la cuales éstas trataron de legitimar su posición social y económica.

El trabajo de Koenig se basa en una amplia documentación de fuentes primarias y secundarias y está hecho con gran rigor científico. Contiene numerosos aportes sobre asuntos específicos. Particularmente interesante y sugerente es, por ejemplo, su análisis de la simbología patriótica y de la retórica política. Sin embargo, más allá de la elaboración erudita y de los aportes esclarecedores referentes a ciertos temas especiales, el estudio de Koenig se destaca por ofrecer una visión amplia del nacionalismo como factor de modernización, integración y legitimación en Nueva Granada. El libro, además de la novedad de sus contenidos, tiene el gran mérito de señalar nuevos enfoques conceptuales y metodológicos para estudiar la formación de las naciones y de los Estados nacionales latinoamericanos. El estudio de Koenig se refiere al caso específico de Nueva Granada. Pero la metodología y la conceptualización empleadas por el autor se podrán aplicar con provecho a las otras repúblicas y naciones que emergieron del imperio colonial español.

Es de desear que el libro del profesor Koenig sea traducido luego al español para que pueda ser difundido entre un mayor número de lectores y para que pueda ser aprovechado por los historiadores americanistas que están estudiando el fenómeno del nacionalismo.

DR. RICARDO KREBS

HAROLD BLAKEMORE, *From the Pacific to La Paz. The Antofagasta (Chili) and Bolivia Railway Company 1888-1988*. Londres, Antofagasta Holdings Plc, Lester Crook Academic Publishing, 1990, VIII + dos + 334 + tres páginas, láminas.

En sus cien años de vida la Compañía del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia ha tenido una historia tan variada como el relieve por el que atraviesan sus líneas férreas desde la costa del Pacífico hasta el Altiplano. En ese siglo el ferrocarril debió enfrentar los embates de la naturaleza y aquellos otros, más devastadores, de la economía mundial y de los trastornos políticos y sociales de los países en que operaba. Recoger los múltiples aspectos de su quehacer empresarial y presentarlos en forma coherente y amena es un desafío que el Dr. Harold Blakemore ha superado aquí con creces, entregándonos un libro de interés tanto para el especialista, sea éste el historiador económico o el interesado en los ferrocarriles, como para el lector general.

El ferrocarril es anterior a la compañía y sus orígenes se remontan a las concesiones hechas por el gobierno de Mariano Melgarejo a los chilenos José Santos Ossa y Francisco Puelma para la explotación de salitre en territorio boliviano. Estas concesiones, que incluían el tendido de una línea férrea, fueron heredadas por la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta que inició la construcción de la misma. En 1878 los rieles tenían una longitud de 128 kilómetros alcanzando hasta Salinas. La Compañía Minera Huanchaca, que explotaba minerales en Bolivia, se interesó en la prolongación del ferrocarril y celebró un acuerdo con la empresa propietaria para llevar a cabo esta tarea. Poco tiempo después, en 1888, compraba a sus dueños la línea y los servicios para la provisión de agua. Ese mismo año se organizó en Londres la Antofagasta (Chili) and Bolivia Railway Company, que adquirió las líneas férreas de la compañía Huanchaca tanto en Chile como en Bolivia. Estos antecedentes, que constituyen la "prehistoria" —por decirlo así— de la sociedad, son tratados en forma bastante somera, al igual que la etapa siguiente hasta 1904, durante la cual tanto las líneas como los servicios de agua estuvieron arrendados a la propia compañía Huanchaca. Sólo a partir de ese año, cuando la sociedad inglesa pasó a administrar directamente el ferrocarril, se entra de lleno en la historia del mismo.

El crecimiento de las operaciones de la empresa hasta la víspera de la Primera Guerra Mundial está tratado en el contexto de la expansión de la industria salitrera en la provincia de Antofagasta, de la concesión de los ferrocarriles bolivianos y la puesta en producción de la mina de Chuquicamata que abría perspectivas para el futuro. Estas nuevas operaciones iban aparejadas de complejas y prolongadas

negociaciones con los usuarios, que aquí sólo quedan esbozadas. Pero esto es sólo un aspecto de la vida de la empresa. El autor no deja de lado la dimensión humana: la situación de los gerentes, empleados de oficina y técnicos británicos trasplantados a un medio tan distinto, y los esfuerzos de la Compañía para mitigar los efectos de la soledad y del aburrimiento; la provisión de habitaciones y servicios médicos para empleados y obreros; los conflictos laborales y su solución; los robos y asaltos en la línea y, un elemento clave para una empresa extranjera, los contactos con las autoridades en ambos países.

A raíz de la guerra europea muchos empleados británicos regresaron para combatir por su patria, al mismo tiempo que el ferrocarril experimentaba dificultades para obtener equipo y combustible. En los años siguientes la empresa se vio enfrentada, tanto en Chile como en Bolivia, al desarrollo de un sindicalismo más militante y a una creciente intervención estatal.

La crisis de la década del treinta marcó un quiebre en la historia de la Compañía. La caída de las exportaciones mineras en ambos países repercutió duramente sobre los ingresos del ferrocarril. En Chile la situación se agravó por el peso de nuevos impuestos, un control de cambios aplicado en forma discriminatoria y la concentración de la producción salitrera en el distrito del Toco servido por otra línea; en Bolivia la incapacidad de ese gobierno de amortizar los bonos de los ferrocarriles nacionales, buena parte de los cuales estaban en poder de la sociedad y, sobre todo, la desastrosa Guerra del Chaco, gravitaron adversamente sobre la empresa. Blakemore nos da una idea de las agotadoras gestiones —que no siempre resultaban fructíferas— que debía llevar a cabo la gerencia local ante las autoridades y de las drásticas economías efectuadas, pese a las cuales hubo que echar mano a las reservas acumuladas para el pago de dividendos sobre las acciones preferidas, ganancias operacionales de las líneas en Chile y Bolivia presentadas en forma desagregada, las que el autor entrega en parcialidades por períodos, en los capítulos correspondientes. Sobre las utilidades de la empresa, dividendos y deudas, volúmenes de carga y pasajeros, sólo hay datos fragmentarios. El historiador económico lamentará la falta de mayor información cuantitativa, a la vez que otros lectores agradecerán al autor su esfuerzo para evitarles una lectura fatigosa.

Lo anterior concuerda con el propósito de ampliar el interés de la obra, que observáramos al iniciar esta reseña. En este sentido resulta decidir que el primero de los tres apéndices corresponda a una lista de las locomotoras empleadas por el ferrocarril, con material recopilado por Mel Turner y Ray Ellis y editada por Mike Swift, la que será apreciada por los aficionados a este tema. Lo mismo vale para el conjunto de excelentes fotografías históricas y contemporáneas que ilustran el libro. Por otra parte, los historiadores se interesarán por la nota de Andrew Barnard sobre los archivos de la Compañía, que complementa la bibliografía general, y agradecerán la existencia de un buen índice onomástico.

La Revolución Francesa y Chile. Santiago. Ricardo Krebs y Cristián Gazmuri, editores. Editorial Universitaria, 1990

La Editorial Universitaria acaba de publicar un volumen de historia titulado "La Revolución Francesa y Chile", producto de un seminario que se desarrolló en Santiago en agosto de 1989 y que tenía por fin celebrar el controvertido acontecimiento que cumplía dos siglos de existencia. Trece ensayos, obra de diez historiadores chilenos, un francés, un argentino y un español, componen el volumen.

En una introducción muy breve, Ricardo Krebs señala la complejidad del tema, que ha sido objeto de miles de estudios y ha despertado las más encontradas opiniones. Nada de ello encontramos en este volumen, ya que todos los ensayos contienen elementos laudatorios, echándose de menos precisamente alguna crítica. En Francia la celebración se transformó apenas en conmemoración, debido a que las huellas luctuosas de la revolución no han desaparecido.

En ese sentido, el francés Maurice Agulhon, autor del primer artículo, fue el más matizado, recordando el largo conflicto entre la revolución y el catolicismo, renovado sin cesar durante estos dos siglos en su país y atizado por toda suerte de avatares políticos, militares o culturales. La conclusión a que llega el profesor Agulhon es la de que si bien la casi totalidad de los franceses actuales aceptan uno de los postulados de la Revolución, a saber, la república basada en la soberanía popular, el tema de la misma Revolución continúa siendo fruto de polémica y disensiones.

Agulhon también analiza en este artículo las preguntas acerca de si se justificaba o no la revolución y de si los excesos de 1793 se hallaban ya prefigurados en los principios de 1789 o en los precursores teóricos del acontecimiento. Concluye que: "Robespierre y Fouquier-Tinville tal vez ya estaban virtualmente presentes en el 'Contrato Social'... pero agrega que su surgimiento se debió a los esfuerzos contrarrevolucionarios de Luis XVI, que no quiso aceptar una monarquía "a la inglesa". Lo menos que puede decirse en esta parte es que jamás se planteó el proceso en términos de monarquía "a la inglesa". No hay que olvidar que en Inglaterra no sólo se mantiene la monarquía por derecho divino hasta hoy, sino que nunca se dictó una Constitución, nunca se abolieron los fueros del derecho tradicional—por no imponerse la igualdad ante la ley, ni predominar un derecho de tipo positivo—, nunca se abolió la Cámara de los Lores, etc. Culpar a Luis XVI por algo inexistente es, a lo menos, injusto.

M. Agulhon agrega algo más sorprendente: el desenfreno de 1793 provendría del orden social anterior, que era "cruel en su globalidad". Sorprendente afirmación ya que parece salida más de un concepto estructuralista de izquierda que de la realidad. Tampoco acepta el historiador francés que la herencia de la Revolución sea el jacobinismo brutal, sino que éste no sería más que la reacción dialéctica frente a "la antigua tradición contrarrevolucionaria nutrida de religión", que es la verdadera enemiga del progreso. Basta pensar en que no habría habido contrarrevolución si no hubiera habido revolución, para comprender que esta acusación es, a lo menos, discutible.

Con todo, M. Agulhon reconoce que ha habido controversia seria en Francia

con motivo del bicentenario —cosa que en Chile y en otros lugares no ocurrió—. En nota final escrita a posteriori, Agulhon lamenta que los acontecimientos de Europa del Este no hayan alcanzado a influir en el debate acerca de la Revolución Francesa, pero aprovecha de comparar el Muro de Berlín con la Bastilla del Antiguo Régimen... y declara que son las ideas de 1789 las que permitieron los acontecimientos libertarios de 1989. ¿No será aventurada esta comparación tan antojadiza y superficial? ¿No nos aseguran los entendidos que es la Modernidad la que está naufragando? ¿Y no es la Modernidad —cualquiera sea el significado de tan equívoco término— producto precisamente de la Revolución Francesa? Dicho de otra manera, el Muro de Berlín es heredero de la Modernidad, es decir de la Revolución Francesa y no del Antiguo Régimen, mal que le pese al historiador francés.

Creo que la última palabra sobre este espinudo tema aún no se ha dicho. Tendremos debate sobre 1789 y 1793 para mucho tiempo aún. Afortunadamente.

El siguiente artículo está firmado por Waldo Rojas y se refiere al problema arriba esbozado en esta reseña, vale decir, a la polémica historiográfica. Si bien el artículo no es de gran originalidad, constituye un buen resumen de los enfoques y análisis de la Revolución en dos siglos y pasa revista a los grandes autores sobre el tema y a lo cambiante de sus apreciaciones. Se señalan los estudios del proceso revolucionario, desde el punto de vista de la coyuntura, de la estructura, de la larga duración, del mito, de la visión "desde arriba", "desde abajo", etc.

En la conclusión, W. Rojas nos dice que la Revolución ha sido transformada en arquetipo de la idea de revolución en la historia; que si bien su realidad es precisa en su contenido, es variable en sus contornos; que sirve para marcar el ingreso a la modernidad; y que "toda apreciación (sobre ella) está ligada a sus consecuencias ideológicas, todavía en plena deriva". Y agrega: "en este sentido quizá se deba admitir que ella aún no está terminada...". Todo ello parece correcto, por lo que cabe esperar con impaciencia las interpretaciones que surgirán en la supuesta "Post-modernidad", que estaría reemplazando a la Modernidad.

Ricardo Krebs, a continuación, examina el impacto de la revolución en Alemania, enfatizando nuevamente "el paso a la Modernidad", en el cual se habrían dado los nuevos sentimientos de nacionalidad y de historia en el pueblo alemán, así como el romanticismo característico de dicha nación. Si bien ello es indudable, parece ser excesivo el rol que el historiador Krebs le atribuye a la Revolución. Kant, sin ir más lejos, citado a la cabeza de los entusiastas sostenedores de la Revolución, había escrito ya sus dos "Críticas" —base fundamental de todo su pensamiento profundo— antes de 1789; el romanticismo alemán se hallaba en pleno vuelo en esa fecha, con Schlegel y Schiller, a lo menos; Hölderlin parece inspirado más en la mitología griega que en los acontecimientos franceses, etc. Creo que es más bien con las guerras napoleónicas que Alemania comprendió a cabalidad el impacto del revolucionarismo en toda su crudeza.

El artículo siguiente, de J. C. Chiaramonte, sobre "Ilustración y Modernidad en el siglo XVIII hispanoamericano", si bien es interesante, escapa a mi competencia por no poseer conocimientos detallados sobre el tema. Lo mismo debo decir,

desgraciadamente, sobre el estudio de Pilar González Bernaldo y el impacto de la "Revolución Francesa en el Río de la Plata".

En "Tradición y modernidad en la emancipación chilena" Sergio Villalobos retoma materias que maneja desde hace muchos años. Allí señala la contraposición de la interpretación liberal del siglo pasado —que le confería mucha importancia a la Revolución en la emancipación americana— con la visión populista y tradicional, que pone el énfasis en las viejas tradiciones políticas de Castilla. Para el autor ambas corrientes se expresan en la Independencia y para ello analiza la influencia que los "philosophes" del siglo XVIII francés tuvieron en diversos personajes americanos de la época. Como ejemplo central toma el documento llamado "Catecismo político cristiano", cuyo autor y fecha de publicación permanecen aún ignoradas. Allí ve S. Villalobos claras influencias del racionalismo, al igual que en una Instrucción para los futuros diputados del Congreso Nacional. Creo que ello es innegable, pero no hay que olvidar que el racionalismo es distinto de la revolución, por mucho que ésta se apoyase en algunos principios de aquél. El racionalismo fue, sin duda alguna, el mayor hecho cultural de los últimos tres siglos y medio, constituyendo una verdadera nueva síntesis del espíritu occidental, pero creo que hay que diferenciarlo del destructivo ímpetu de los revolucionarios, sobre todo de los de 1793-4. En el caso chileno parece haber incontestable influencia del primero, en tanto que el impacto del segundo fue más bien negativo, tanto por la tradición político-jurídica imperante en el imperio español, como por el acendrado catolicismo de sus gobernantes y habitantes.

A continuación Cristián Gazmuri aborda el tema de los libros y las ideas políticas francesas en nuestra emancipación. Allí corrobora la misma idea, a saber, que el ideario político de la Ilustración tuvo importancia en la Independencia, no así la Revolución y menos el terror, que provocaron espanto. Es sólo en la década de 1840 en que aparecen admiradores de estos últimos. Con respecto al ideario, Gazmuri observa que éste databa de antes de la Revolución y que habría entrado en una fase de declinación en 1799 con el advenimiento de Bonaparte. Tal afirmación es bastante discutible ya que Bonaparte siempre se sintió heredero de la Revolución, por más que asumiera formas imperiales o militares. ¿No era acaso una nueva encarnación de la "voluntad general", que "jamás puede errar, por ser lo que es"? ¿No seguía acaso la línea inaugurada en este sentido por el "incorruptible" Robespierre?

Examina este autor, en seguida, los distintos americanos y chilenos que, sin duda, tuvieron acceso a libros o influencias políticas de la Ilustración, desde el mayorazgo Rojas hasta O'Higgins, Carrera y San Martín. Especial importancia le atribuye a Camilo Henríquez, Irisarri y Bernardo Vera y Pintado, durante el proceso emancipador. Con todo C. Gazmuri acepta que además del ideario francés en Chile influyó también el ideario de la escolástica tardía de España, combinándose ambas, a pesar de ser aparentemente contrapuestas.

Un original ensayo sobre los cambios vestimentarios chilenos, a partir de las modas revolucionarias francesas, nos brinda Isabel Cruz de Amenábar. Para la autora, el traje es reflejo de cada época y su evolución es un constante signo de renovación. Durante la Revolución el traje experimentó en Europa un cambio

acelerado, en el sentido de hacerse igualitario, más "natural" a la manera de Rousseau, y más higiénico. No escapa sin embargo, a la autora, que la evolución del traje en este sentido se había iniciado antes de 1789 en Inglaterra. La tendencia existía hasta en la Francia del antiguo régimen; no olvidemos a María Antonieta actuando de pastora en Le Hameau de Versailles.

Pasa luego la autora a examinar la moda en Chile durante la Independencia y lo hace apoyada en las pinturas de la época, especialmente en las del mulato Gil. Descubre aquí los mismos fenómenos de igualización, simplificación y democratización —con toques clasicistas— de Europa. Describe también el cambio en los uniformes militares y el paso del clasicismo al romanticismo, hacia 1830. Tal vez lo más discutible de este bien escrito artículo es la afirmación del párrafo final, según la cual con la revolución el arte se habría comprometido con la causa de la libertad. Ya sabemos que la libertad brilló por su ausencia, desde las matanzas de 1792 en Francia y que, aparte pequeños destellos transitorios, no fue sino después de 1870 que, con dificultades, comenzó a consolidarse. En Chile el proceso libertario es también bastante relativo. Ciertas libertades políticas no lograron penetrar los ámbitos sociales, culturales o económicos que siguieron en el reinado absoluto de la desigualdad. Creo, más bien, que la moda siguió inspiraciones menos abstractas que la libertad o la igualdad y si bien sufrió variaciones importantes entre 1789 y 1830, ello se debió a tendencias poéticas, románticas y seudofilosóficas, intuitas más que comprendidas. No parece que el consciente individual y colectivo de la moda haya alcanzado tal grado de desarrollo conceptual. Particularmente entre las clases altas, que era donde se generaba el cambio en la moda.

Alejandro Guzmán Brito estudia a continuación las influencias del constitucionalismo moderno, y más específicamente francés, —revolucionario, en nuestras Cartas fundamentales. El resultado es sumamente interesante, ya que establece verdaderas genealogías constitucionales que no sólo arrancan de la Revolución sino de postulados jurídicos de Montesquieu u otros pensadores ilustrados y de la independencia de los Estados Unidos. La conclusión final es la más interesante en el sentido de que cree A. Guzmán que hay una "sustancial estabilidad" de muchos textos legales a lo largo de los siglos, lo que podría llegar a la configuración de una "Constitución traslática", que ha pasado virtualmente igual de una carta a otra.

Con un artículo acerca de la influencia de la Revolución Francesa en la educación, Sol Serrano aborda un tema muy amplio, que extiende hasta mediados del siglo XIX. Allí sostiene que la influencia de la Revolución comienza sólo con la Independencia, si bien reconoce influencias de la Ilustración católica española en el período inmediatamente anterior. Señala la autora las semejanzas y diferencias entre el ideario francés y el chileno, sobre todo en lo relativo a la formación de un "hombre nuevo", el rol que el Estado debía jugar en dicha formación, "los enemigos" que había que desterrar de la educación, etc. El artículo es muy ilustrativo y está bien escrito. Sólo un detalle merece reparos. Citando a Jules Simon y un discurso sobre educación en 1848, Sol Serrano habla del Emperador. Se trata, sin duda, de un lapsus. En 1848 se pasó de la monarquía burguesa de Luis Felipe

a la Segunda República, en Francia. La transformación del Príncipe-Presidente Bonaparte en el Emperador Napoleón III data de fines de 1851.

Más discutible resulta el ensayo de Claudio Rolle sobre "Los militares como agentes de la revolución". Si bien allí se destacan las etapas mediante las cuales el viejo ejército real francés pasó a ser el de la República, parece exageración el hablar sin matices de un ejército patriota, imbuido de la idea de Nación, y adalid de las libertades republicanas. Basta recordar la oposición fortísima contra los reclutamientos de 1793, que desataron la insurrección vendeana, bretona y normanda —sin contar la de otros lugares de Francia. La guerra de la Vendée es totalmente olvidada por Rolle, en circunstancias que cavó un foso en la Francia contemporánea que aún no se termina de llenar. ¿Eran patriotas las tropas de Turreau y Westermann que aniquilaron cientos de miles de campesinos, mujeres y niños, en la forma más sádica y grosera? ¿Y qué decir de los generales? Se citan aquí los casos de Hoche y Pichegru, como los nuevos héroes. Lo menos que se podría decir es que faltan otros "héroes", como La Fayette, Dumouriez o Bonaparte... Ahora bien, ninguno —salvo tal vez Hoche— actuaron por "patriotismo" o lealtad a la "Nación". La Fayette, indeciso, cobarde, ineficaz; Dumouriez, traidor abierto, al igual que Pichegru, que terminó en prisión por pasarse a los monarquistas. En cuanto a Bonaparte, jamás defendió a Francia sino a su propia gloria. Al contrario, los devastadores efectos de las guerras napoleónicas, tanto en materia demográfica como económica, debilitaron a Francia por un largo período.

En cuanto al nuevo ejército, parece más bien ser Federico II de Prusia —medio siglo antes— el inaugurador del mismo. Sin contar los esfuerzos rudimentarios de Pedro el Grande en Rusia o Carlos XII en Suecia, casi un siglo antes. El ejército francés, cubierto de gloria en largas campañas de muchos siglos, no fue creación de la Revolución y menos, como parece decirse en el artículo en cuestión, siguiendo las afiebradas fantasías de Saint Just. En cuanto a las intervenciones militares en la política —de 1794 a 1799—, ellas se debieron más al vacío de poder y a la ambición del general de turno que a las grandes causas de la Libertad o la Democracia. En cuanto a la tesis de Godechot de que los ejércitos habrían extendido la revolución por el mundo, si bien aparenta ser verídica, necesita de mucha matización y afinamiento. Lo que los ejércitos permitieron fue el auge de los caudillos que, a menudo, no tenían el menor ideario político que fuera más allá de su propio interés; como fue en la mayor parte de los países de nuestro continente, sin exclusión de Chile. Quienes extendieron los principios ilustrados acerca de soberanía popular, constitucionalismo, partidos políticos, educación cívica y otros, fueron los intelectuales y no los generales improvisados o ambiciosos. El mismo Claudio Rolle cae en esa cuenta al narrar las críticas de Mackenna a los hermanos Carrera por la actuación de estos últimos durante la Patria Vieja. Es cierto que O'Higgins organizó un ejército nacional, pero ello no impidió la serie de guerras civiles y de intentonas de golpe de la llamada Anarquía. Fueron los civiles, como Portales, Egaña, Rengifo o Bello los que afianzaron la República y la "Modernidad" en Chile.

Alfredo Jocelyn-Holt analiza el impacto de la Revolución en el ámbito ideológico chileno del siglo XIX. Comienza por rechazar ambas tesis contrapuestas al respecto: la liberal, que acepta el impacto, y la conservadora, que lo niega; por

considerarlas incompletas. Recalca el autor la "confusión" que habría en nuestros historiógrafos con respecto al liberalismo y su rol en nuestro desarrollo. Algunos lo consideran como perturbador del orden y disolvente del Estado, mientras que otros lo sindician como epifenómeno sin mayor importancia y de escasa consistencia. Desde los historiadores conservadores hasta los marxistas tienden a restarle importancia al liberalismo, en diversos campos del actuar nacional.

Toda esta confusión le parece al autor que se disuelve en gran medida si considera al Liberalismo como Orden Autónomo y como Orden Simbólico, vale decir, en el primer caso como contenido y no como función en un contexto dado. Claro, pero lo difícil en Historia es poder sacar las ideas del contexto y de la aplicación, ya que la "modernidad" excluye o disminuye la teoría para afianzar la praxis. ¿Cómo entonces hacerlo? En cuanto al Orden Simbólico, Jocelyn-Holt revela la profunda influencia nominalista y semiótica que las escuelas inglesas de pensamiento han tenido sobre él. Llega a decir que los símbolos crean significados, en lugar de sólo expresarlos, representarlos o traducirlos. Más aún, piensa que "toda comunidad está en un proceso continuo de significación o creación que se logra mediante la interacción social"; y se complace en considerar cómo ello lleva a la subjetividad, a la ambigüedad, a la inexactitud... A partir de esos supuestos se entendería, según el autor, la verdadera dimensión del liberalismo criollo, que sería adaptación y no calco ideológico de Europa. Habría servido para legitimar los cambios y para entrar en la "modernidad", pero a la manera chilena, no a la manera francesa. Con todo, ello habría sido imposible sin la Revolución Francesa, de quien habríamos heredado el "modelo paradigmático e ideológico de modernidad".

En resumidas cuentas, A. Jocelyn-Holt, por medio de varios anglicismos y neologismos (cooptación, proyectualmente, infraestructurales, etc.), identifica modernidad y cambio con liberalismo, aun cuanto éste no haya sido en Chile más que una ideología adoptada de manera semi inconsciente, de carácter "simbólico, ambiguo y vago". Interesante sugerencia, ¿pero no habrá algo de "wishful thinking" en este tan británico análisis semiótico?

Por último, un estudio del franco español Francois-Xavier Guerra, acerca de la Revolución Francesa y el Mundo Ibérico, cierra este volumen. Sin ser muy original, el autor se plantea algunas interrogantes válidas, siendo la principal, me parece, la de si la lógica representativa y la construcción de un mundo ideal han concurrido en Francia y América hispánica. En el primer país ello habría ocurrido sólo en la III República, cien años después del luctuoso acontecimiento. En América podría no haber ocurrido aún. Inteligente. Sobre todo, interesante.

Dr. JULIO RETAMAL FAVEREAU